

En medio de la crisis económica, los sobresaltos financieros y la inseguridad colectiva, una luminosa y torrencial idea ha nacido en la Junta Municipal de Asunción para defender la cultura, proteger los espacios públicos y elevar la moral ciudadana: un proyecto de ordenanza que, entre otras cosas, sancionará severamente a quienes, con imprudencia o temeridad, hacen pipí en lugares públicos.

En tren de colaborar, y con el objeto de hacer más clara y precisa la aplicación de la ordenanza, humildemente propongo a la Honorable Junta Municipal las siguientes modificaciones:

“El acto de la micción, sin agravantes derivados del modo, momento o lugar de la ejecución, tendrá una multa básica de diez mil guaraníes;

“Si los chorros son torrenciales y desacompañados y con ello evidencian un ostentoso desprecio del autor por la estética elemental y los modales civilizados, se aplicarán cinco mil guaraníes adicionales;

“Si el líquido delata una sobrecarga de sedimentos tóxicos, provenientes de la resaca o de crónicos inconvenientes renales, otros diez mil, por los graves efectos corrosivos sobre el pavimento, baldosas, zócalos y, en general, toda superficie sustentante;

“Si en las maniobras preparatorias se exhiben prendas íntimas con remiendos, roturas o manchas, se añadirán cinco mil guaraníes, por ofender a la pulcritud”;

“Si en vez del arbolito elegido, el miccionante acierta el cantero de las gardenias y causa un desparramo de pétalos y hojas, veinte mil guaraníes adicionales;

“Si la acción se realiza en banda, evidenciando una voluntad

Sobre llovido, mojado

**Selio
Vera**

El autor, paraguayo, es cuentista, novelista, articulista y, como se ve, humorista.



delictiva concertada, quince mil guaraníes adicionales;

“Si, encima, se realizan competencias sobre quién alcanza más lejos, otros diez mil, y más la cantidad que corresponda en virtud de la ley que regula los juegos de azar y sanciona su práctica clandestina;

“Si se utiliza el chorro como elemento de agresión, dirigido contra zapatos, tobillos, piernas y/o rodillas de vecinos inocentes, y sin mediar provocación, otros veinte mil;

“Si el autor no detiene su conducta infractora a la primera voz de alto, la multa será doblada, por rebelde y contumaz a los mandatos de la autoridad legítima;

“Si, aviesamente y en forma colectiva, se aprovechan declives o lomadas para que el líquido descienda en forma de arroyo, con formación de meandros, estuarios, penínsulas, islotes y deltas, cincuenta mil guaraníes, por constituir daño ecológico y amenaza de inundación provocada;

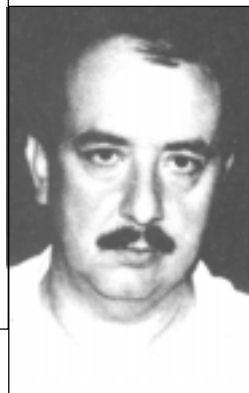
“Si el líquido es lanzado aviesamente sobre monumentos, placas conmemorativas, coronas de laureles, llamas votivas, escudos y pabellones del país o de naciones amigas, o sobre símbolos del culto, cincuenta mil guaraníes;

“Si se orienta la micción hacia cubiertas

de vehículos estacionados, faros, portezuelas, diez mil guaraníes adicionales y más la responsabilidad civil emergente del daño a la propiedad privada;

“Se considerará igualmente infractor al que micciona desde una casa o edificio, sumándose cinco mil guaraníes por cada piso adicional, sin perjuicio de las indemnizaciones que correspondan por los estragos causados a pelucas, entretejidos, peluquines, *brushings*, cabelleras retocadas con gel y afines.

Anótese, regístrese y archívese”.



¿Tres meses sin robo?



Mi querido lector, no se horrorice con el pedido, realizado por los empresarios y por un obispo, de que se deje de robar durante tres meses. En el Paraguay se robó siempre, y seguramente se seguirá robando. El país no ha desaparecido por eso, devorado por un agujero negro en el espacio celestial; ni lo calcinaron las llamas que redujeron a cenizas a muchas ciudades de la antigüedad; ni lo sepultaron las cenizas que cubrieron a Pompeya durante siglos; ni lo destruyó el cataclismo que desvaneció a la Antártida en el tiempo y en el espacio.

La historia del Paraguay es un catálogo de latrocinios. No se espante por eso, pero es la verdad. Nuestro país fue construido sobre el saqueo, desde que los europeos pisaron este suelo, en el siglo XV. Después de 1870, la historia arranca con un gigantesco golpe: el de los empréstitos de Londres, que se evaporaron en el aire. Y así sucesivamente.

Muchos empresarios también son, obviamente, parte de este divertido juego nacional. Dudo que haya fortuna que no tenga, una o dos generaciones atrás, alguna afortunada operación de cuatrismo, manotazos a las arcas fiscales, triangulación¹, sobrefacturación o la subfacturación aduaneras, contrabando o evasión de impuestos. Y eso, cuando no provienen de algunas picardías de más reciente data.

En realidad, nuestro problema es distinto. No se trata de dejar de robar durante tres meses. Se trata de ponernos a pensar por lo menos durante una semana, anualmente. Será suficiente. Y lo digo porque los hechos parecen indicarnos que ese oficio no es practicado ni siquiera una hora durante cada año bisiesto. En ese sentido, la competencia entre sectores y partidos es ejemplar, y digna de los honores de un torneo con premios y distinciones.

Parecía que la desaparición del oviedismo marcaba el fin del ejercicio sistemático de la pavada². Pero no. Quienes creyeron en ello, tienen motivos para desengañarse. La máquina de decir y hacer disparates sigue funcionando con el mismo amigable ronroneo de siempre, como lo hace todo aparato que recibe un mantenimiento constante. Escúchela con atención.

Veamos algunos ejemplos. En algún sector del gobierno se revive la costumbre de garrotear a la gente en la calle. No son los garrotes los que me escandalizan, sino la certeza de que quien los haya ordenado no fue capaz de darse cuenta de que no sirven para nada. Y que son contraproducentes.

¿Y cómo andamos por la oposición? Cállese, amigo lector. No debe sollozar sobre mi hombro izquierdo: me arruinará la camisa que llevo puesta. En fin, ya sé que la intimación al gobierno realizada por el PLRA en el sentido de pedir una tajada más suculenta del presupuesto fue todo, menos inteligente. Por lo visto, las autoridades del PLRA ya despilfarraron los minutos del último año bisiesto.

Es como si toda la política, quehacer que en la Antigüedad ocupaba a los talentos, se redujese a un reparto del botín, como lo hacen los piratas después de un abordaje afortunado: *esto pa ti; esto pa mí; esto pa ti, esto pa mí*. No me molesta esa preocupación, porque el reparto de cargos es parte de la política. Lo que me picha es la falta de elegancia. La mujer del César puede ser Mesalina, pero debe darse aires de abadesa de un convento. No hay que olvidar las formas.

Por si fuera poco, todos están ahora embarcados en la carrera por la vicepresidencia, una de las instituciones más inútiles y caras del sistema

institucional. No hay dinero para hospitales ni escuelas, pero el país entrará en su cuadragésima campaña electoral de la transición. ¿Alguien se pondrá a reflexionar que ya no se puede gastar un centavo más en tonterías?

Simplificar nuestros problemas redujéndolos a una sola causa —el robo— es la mejor manera de impedir que se piense en soluciones de fondo. Y eso no se ve por ningún lado. Eso es lo verdaderamente grave. En un país organizado, moderno, con un aparato estatal eficiente, con reglas de juego claras para la empresa, con un constante estímulo a la inteligencia y a la creatividad, no habrá necesidad de robar. Habrá oportunidades, que ahora no existen. Claro que, para eso, se debe poner patas para arriba al Paraguay para construirlo de nuevo. Y esto implica decisiones. No de diagnósticos, mediante los cuales los expertos extranjeros, que cobran diez veces más que los paraguayos por hacer lo mismo, nos cuentan lo que ya sabemos. Amigo lector, eso lo sabemos todos. ¿Alguien comenzará a mover la pelota? Sentémonos a esperar.

No hay que dejarse engañar



Como la solidaridad es una sana obligación cristiana, no puedo rehusarme a colaborar con quienes van a ocuparse de analizar los hechos que ocurrieron entre la noche del jueves y la madrugada del viernes. Hay una razón. La imaginación es un don que Dios, Nuestro Señor, distribuyó sin equidad. Por eso, a veces hay que obsequiar una parte de la cosecha propia para restablecer el anhelado equilibrio. Por esta generosidad, Alá sabrá recompensarnos en el Paraíso con los

placeres que reserva a los creyentes.

Por eso, y para evitar que las explicaciones e interpretaciones caigan fácilmente en el surrealismo, propondré seguidamente algunas versiones de lo que ocurrió en realidad. Ellas podrán inspirar titulares, informaciones y comentarios de la prensa nacional. Y, quizá, con un poco de suerte, hasta podrían proveer argumentos a las fascinantes entrevistas de Ancla.

Las versiones, de las que me hago exclusivo responsable, tienen la ventaja de poder usarse en forma individual o combinada, según el humor del analista. Helas aquí:

a) Era sólo un grupo de ex oficiales de la Caballería que, como habían sido dados de baja intempestivamente, no tuvieron oportunidad de retirar sus ropas. Sólo fueron para retirarlas. Sobre todo las de invierno, porque se viene el frío.

b) Eran participantes de un torneo de truco de seis, con señas, que debía comenzar esa misma noche en la división. Entraron un poco más temprano para practicar. Eso explica todo el griterío.

c) No eran ellos. Es cierto que sólo se parecían mucho a los nombres mencionados por la prensa, pero no hay que olvidar que las apariencias engañan. Todo indica que eran un grupo de disfrazados, mercenarios de Wasmosy³.

d) Iban a estrenar las mejoras del estadio 4 de mayo con un partido de fútbol de salón *Solteros* contra *Casados*. Ellos eran los *Casados*.

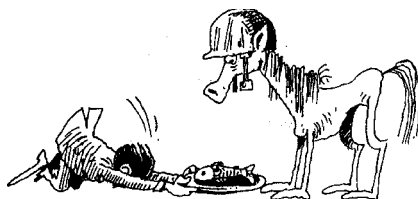
e) Las imágenes fueron trucadas por la televisión. En lugar de pasar lo que estaba ocurriendo en Campo Grande, pasaron filmaciones de Kosovo y Chechenia. Por eso las escenas de tanques, metrallas y el ruido de aviones de combate. Es que ya no se puede confiar en la prensa.

f) El despliegue de tanques tenía un solo propósito: presentar al mercado un nuevo modelo de

vehículos japoneses, apto para circular en el espeso tráfico de Asunción sin peligro de sufrir golpes ni abolladuras. No hay que permitir que lo confundan a uno.

g) Era una publicidad algo ruidosa, admitámoslo, de la nueva fase de la campaña del Ministerio de Salud Pública contra el dengue, bajo el lema: *No dejen un mosquito vivo*.

El analista podrá combinar estas posibilidades a su gusto y paladar. Verá que los resultados pueden ser sorprendentes. Y, al fin de cuentas, si no se logra convencer al lector, por lo menos se podrá distraerlo un poco. La risa es salud.



La comedia de las equivocaciones



Me inquieta que los paraguayos estemos perdiendo una de las habilidades que nos dieron larga y merecida

fama: la de realizar golpes de estado. Ella, junto con el truco con señas y el requecho, solía ser una de las pocas cosas que solíamos hacer bien. Pero el tiempo no pasa en vano, la vejez adormece nuestros reflejos y comienza a desgastar nuestras antiguas virtudes.

Hacia el 1900, apareció un invento revolucionario: el ventilador. El aviso publicitario de un nuevo modelo que apareció en Buenos Aires proclamaba jubiloso: *Tiene más revoluciones que el Paraguay*. Como se ve, la fama ya había traspuesto las fronteras. Bueno, después los argentinos entraron en competencia y también hicieron lo suyo. Y demostraron que también tienen oficio en esta disciplina.

Permítame el lector un breve repaso histórico de lo que fue el siglo XX. Fueron derrocados por otros tantos golpes de Estado (o, en su defecto, por revoluciones, o se vieron obligados a renunciar bajo presión armada) los *colorados* Emilio Aceval y Juan Antonio Ecurra; los liberales Juan Bautista Gaona, Benigno Ferreira, Manuel Gondra, Albino Jara y Liberato Rojas; otra vez el colorado Pedro P. Peña; de nuevo el liberal Eusebio Ayala; el febrerista Rafael Franco; el antipartido, después colorado, Higinio Morínigo, y los *colorados* Natalicio González, Raimundo Rolón, Felipe Molas López, Federico Chaves y Alfredo Stroessner.

La lista no incluye los vicepresidentes que debieron completar mandatos de presidentes derrocados, como Héctor Carballo o el eterno vicepresidente de los liberales y, por eso, varias veces presidente provisorio Emiliano González Navero (González Navýro, según el cáustico Eligio); o los presidentes que fallecieron en ejercicio de su mandato, como Manuel Franco. Tampoco los provisorios constituidos sólo para preparar la entrega al futuro presidente: Cecilio Báez a Benigno Ferreira; Luis A. Riart a Eligio Ayala; Félix Paiva a José Félix Estigarribia; Juan Manuel Frutos a Natalicio González; Tomás Romero Pereira a Alfredo Stroessner.

En lo que va del siglo, sólo tres presidentes completaron sus mandatos y se fueron por donde vinieron: Eduardo Schaerer, Andrés Rodríguez y, mal que nos pese, Juan Carlos Wasmosy. Stroessner completó varios periodos y sólo se fue cuando lo echaron. Hay un detalle adicional a favor Wasmosy: es el único, en nuestra accidentada historia, que entregó el mando a quien se disponía a cortarle

el cuello: Raúl Cubas.

Este golpe de Estado fallido sólo agregó a los anteriores algunos detalles de opereta: una operación realizada con un celular prestado; un presidente que jugaba al fútbol mientras estallaba la crisis; un jefe de policía que se evapora en medio del lío; unos tanques que se pasearon por la ciudad como Pedro por su casa; un legislador (Luchi Guanes) tan perdido que no terminaba de saludar la llegada de los blindados cuando un cañonazo pasó sobre su cabeza; un cuartel, el más poderoso del Paraguay, tomado por una docena de oficiales retirados y un abogado; una avioneta que cruza el cielo arrojando bombas que no estallaban; el líder golpista (Lino Oviedo) quien, una vez sofocado el intento, dice que no tiene nada que ver con el asunto y que a los golpistas hay que castigarlos severamente. Y así sucesivamente.

Sólo un comentario final: el pueblo fue un espectador pasivo de lo que ocurría en una ciudad dominada por el temor y la violencia. Nadie salió de su casa. Nadie se movió. Nadie habló. Todos vieron lo que ocurría como si estuviese pasando en otro país. Como si no les concerniese. Como si fuese uno de los “*westerns*” que pasan por la TV y que uno mira un rato antes de dormir. Lo que me pregunto es si esta parte de la película puede ser calificada de comedia o de tragedia.



Las omisiones de Ñandejára⁴

Si algún famoso director de cine de Hollywood eligiese el Paraguay como escenario para filmar un *western* de *cow-boys*, tendría serias dificultades para encontrar alguien que hiciese el papel de héroe. En cambio, para el de bandido tendría una fila, alegre y bulliciosa, que podría prolongarse hasta cerro Chovoreca, en medio de un estrépito de pipus, matracas y tres por tres.

Si uno mira a nuestra clase política, puede sentirse abrumado por una enorme duda: si tirarse al suelo para desternillarse de risa o buscar el hombro de algún amigo cercano para ponerse a llorar. Después de terminar con la expansión elegida, uno será devorado por otra angustiada duda: si comprar un pasaje para Belukistán o para las islas Fidji. Pero sólo de ida. Es probable que en estos lugares encuentre más racionalidad, más sensatez y más sentido de la organización y del profesionalismo que en nuestra amada patria.

Lo terrible de todo es que no se ve en el horizonte alguien que emerja como una garantía, y en quien uno pueda confiar. Bueno, por lo menos hasta que asuma una función de responsabilidad y comience a mostrar su segunda naturaleza. Recuerdo que Néstor Romero Valdovinos, un cáustico observador de nuestra cultura, decía que para conocer a un paraguayo bastaba con darle un timbre y un escritorio.

Al final, uno ya no sabe qué pedirle a Ñandejára. Algo tiene con nosotros que no alcanzo a comprender. Nos entregó una tierra muy fértil, un clima razonablemente llevadero, agua en abundancia y recursos naturales privilegiados. Nos negó volcanes, terremotos y huracanes y, para que nos envidien tanto, nos



dio inundaciones anuales, fenómeno que no debiera preocupar a nadie porque desde hace milenios sabemos cuándo comienzan y cuándo terminan.

Se supone que un político de raza debiera tener, además de un excelente juego de cintura, tres virtudes fundamentales: el conocimiento, la honestidad y la capacidad de realización. Pero parece que estas virtudes no aparecen, juntas, en los compatriotas que abrazaron la política como su modo de vida. Sólo se las ve destellar, solitariamente, en algún que otro extraterrestre. El que es honesto suele ser un indolente y carecer de conocimientos. El que tiene capacidad de realización suele ser un pillo a quien uno no le confiaría la custodia de su gallinero. El que tiene el conocimiento, es incapaz de realizar nada.

Me aseguran los sociólogos que las situaciones de crisis crean los líderes nuevos que los pueblos necesitan. Pero hace ya bastante tiempo que vivimos en crisis y hasta ahora no aparece alguien confiable. Ya *ipukúma*⁵. El último golpe de estado fallido fue una llamada de alerta. Sirvió para que miremos hacia arriba, para preguntarle a Ñandejára si, además de todas las bendiciones que arrojó sobre nuestro país, se acordará de enviarnos una persona o un grupo que pueda aprovecharlas para beneficio de todos. Si eso no ocurre dentro de un plazo relativamente corto, podremos decir todos a coro: *Amóntema*⁶.

El mapa del genoma: una nueva frustración



El descubrimiento del mapa del genoma humano me ha llenado de incontenible júbilo. La humanidad podrá, por fin,

desprenderse de muchas de sus cargas más pesadas. Entre ellas, legión de enfermedades transmitidas genéticamente, cuyos devastadores efectos han sembrado la angustia y el dolor a lo largo de milenios.

Gracias a la ciencia, ha renacido la esperanza. Podemos esperar, desde hora, que no sólo los males del cuerpo tendrán una respuesta fulminante, sino también los que afligen el alma. El cáncer, la locura y la hemofilia se cuentan entre las enfermedades que podrán ser derrotadas definitivamente. Eso, claro, si es que la ciencia pone sus recursos al servicio de todos, sin considerar el grosor de sus carteras. De todos modos, se supone que se hará el intento de entregar este instrumento a ricos y pobres, sin distinción de nacionalidades, ideologías ni religiones.

Sólo me preocupa una cosa: la indefinida sospecha de que la estupidez no es un mal genéticamente adquirido, sino desarrollado gracias a un intenso esfuerzo individual. Recuerdo con alarma que el libro *Historia de la estupidez humana*, de Tabori, afirmaba que el estúpido no nace, sino que se hace. Si esto es así, el descubrimiento del genoma le será absolutamente indiferente.

El mal se halla firmemente instalado en la vida contemporánea. El filósofo español Savater cita una frase del alcalde de Nueva York (*“si no fuera por los asesinatos, Nueva York sería una de las ciudades con menos criminalidad del mundo”*) para concluir que la estupidez habita en todas las latitudes. Y que puede ejercer su funesta influencia tanto en una tribu de beduinos del desierto como en el corazón de Wall Street.

Deseo dejar una breve reflexión. El estúpido sólo se vuelve peligroso cuando alcanza posiciones de relevancia en la sociedad. Un político o un alto funcionario estúpido puede causar daños irreparables, sobre

todo, cuando encuentra a otros estúpidos que siguen sus instrucciones. El resultado será, siempre, una retumbante estupidez.

No hay nada tan eficaz como ella para probar la infinita capacidad de autodestrucción que tiene el ser humano. El estúpido es un sepulturero de sí mismo, de su grupo, de su familia, de su partido, de su país. No se da cuenta de que cada clavo que va martillando en el ataúd también lo va encerrando a él mismo.

Lo que diferencia al estúpido del canalla o del bribón es que estos dos últimos descansan: el estúpido nunca. Su dinamismo es admirable. Por eso, su capacidad de producir estupideces es ciertamente infinita. Basta que aparezca una buena iniciativa, para que se empeñe en demolerla; basta que aparezca alguien sensato, para que se ponga en campaña para destruirlo.

Su presencia en el Paraguay es tan arraigada como el bocio, los mosquitos y las cucarachas. Para comprobarlo, basta con repasar la historia reciente. El lector podrá horrorizarse ante una galería bien poblada de ejemplares robustos y tenaces. Lo curioso es que siguen teniendo influencia y seguidores, lo que me lleva a deducir que estos individuos generan un campo magnético con un radio muy grande. Por eso cautivan a mucha gente que acierta a entrar dentro de ese perímetro. En definitiva, la estupidizan. Por eso estamos donde estamos. Por eso, así nos va.

Bribón, sí. Estúpido, jamás



Un amigo de hace muchos años, un bribón capaz de desplumarle a su madre, protestó airadamente contra un anatema que yo había escrito, hace una semana, contra la estupidez. Al comienzo, no comprendí muy bien los motivos de su malestar. Pero después caí en la cuenta de que mi amigo no había comprendido el sentido de mi comentario.

Como mi amigo es una persona personaje inteligente, tuve que explicarle pacientemente mis puntos de vista y, al mismo tiempo, poner ante sus narices la información obtenida en *internet*. En resumen, él es un bribón, pero no un estúpido. Para ser bribón, además, una condición esencial es precisamente no ser lo otro, porque el individuo sólo lograría ser un aspirante. O un bribón en ciernes.

Esta última especie se caracteriza por la ausencia del razonamiento abstracto, por la incapacidad de establecer relaciones de causalidad entre los hechos, por su obstinación en enunciar opiniones y pronósticos destituidos de pruebas y de fundamentos y, en general, por la estupidez esencial que inunda todos sus actos y pensamientos.

No hay definiciones convincentes de la estupidez. Empero, un fascinante aporte ha sido realizado por Carlo M. Cipolla, Profesor Emérito de Historia Económica en Berkeley. En uno de sus libros, se encuentra un breve ensayo intitulado *Las leyes básicas de la estupidez humana*. Según los estupidólogos, es lo mejor que se ha escrito sobre esta materia. Las leyes son cinco y tienen varios corolarios que merecen un análisis más profundo. Por ahora, detengámonos en las leyes de Cipolla:

Primera ley: siempre subestimamos el número de gente estúpida. A propósito, otro académico, el profesor Walter B. Pitkin de la Universidad de Columbia, afirma que de cada cinco personas, cuatro son estúpidas. A propósito, Pitkin escribió *Una breve introducción a la historia de la*

estupidez humana, publicada en 1934.

Segunda Ley: La probabilidad de que una persona sea estúpida es independiente de cualquier otra característica de la persona. En otras palabras, es un rasgo independiente dentro de nuestra personalidad. No se relaciona con la educación, el sexo, el nivel económico y social, raza, religión, ideología, aficiones o fobias de una persona.

Tercera Ley (la de Oro): una persona estúpida es alguien que ocasiona daño a otra persona, o a un grupo de gentes, sin conseguir ventajas para ella misma. Cuando comete una estupidez, quien la hace suele ser su primera víctima. Pero como el individuo ha llegado último al reparto de neuronas, es incapaz de percibir las consecuencias de sus actos.

Cuarta Ley: La gente no estúpida siempre subestima el poder de causar daño de la gente estúpida. Constantemente se le olvida que, en cualquier momento, y bajo cualquier circunstancia, el asociarse con gente estúpida invariablemente constituye un error costoso. Esta ley, por otra parte, nos obliga a considerar la posibilidad de que incluso los no estúpidos tienen una cuota de estupidez.

Quinta Ley: Una persona estúpida es la persona más peligrosa que puede existir. Esta ley es la más comprendida de todos. El peligro proviene del hecho de que el comportamiento de la gente inteligente es predecible, lo que no ocurre con el del estúpido. En síntesis, nadie puede pronosticar hacia dónde va a disparar.

Mi amigo quedó tranquilo. Vanidoso como es, no le quita el sueño ser considerado un atorrante. Pero que lo vean como un estúpido, eso nunca. Me pregunto, en lo más profundo de mi conciencia, si eso no lo vuelve un poco estúpido.



todo aquél que carece de un argumento sólido para refutar una idea. La palabra legitima la mediocridad, la ausencia de lógica, la desposesión del sentido común y la incapacidad de alcanzar el mínimo atisbo de razonabilidad.

Todo se ha vuelto *opinable*. El mundo de los conceptos fue invadido por el relativismo. El debate se convierte en una bullaranga infernal y el terreno firme de la lógica queda sumergido bajo el limo maloliente de la pavada. Quien grita más fuerte recibe mayor credibilidad que el afónico o el tartamudo; quien repite una estupidez

hasta el cansancio termina convirtiéndola en una verdad tan rotunda como un silogismo de Aristóteles.

Como en el tango *Cambalache*, el periodismo pone al erudito en el mismo nivel que el patán. Si aquél opina sobre algo, se busca desesperadamente alguien que lo contradiga. Gracias a eso, siempre se encuentra a un palurdo que exclama, con absoluta propiedad: *Ahhhh. Pero eso es opinable*. Y, rápidamente, comienza a rebuznar, con docta suficiencia, poseído por la seguridad de que recibirá los mismos honores que el sabio.

Los medios de comunicación han contribuido a mover toda la estantería. Y hoy, nadie está seguro de nada. Todo eso, en nombre del cuento tártaro de que todos tienen derecho a opinar. Hasta allí, el enunciado es correcto. Lo que no es correcto que se le ofrezca un escenario, un espacio y un público a quien habla para no decir nada. A quien cada vez que habla ha perdido una valiosa oportunidad de callarse. Todo porque tiene su verdad. A nadie le interesa si ella tiene algún parentesco, aunque sea remoto, con la verdad.

Ahhh, pero eso es opinable



Le preguntaron recientemente al escritor británico Paul Jonson qué es lo que hay que hacer para elevar el nivel del periodismo. Simple, resumió: decir la verdad. Lo que tienen que hacer los periodistas es reconquistar la verdad. Vaya tarea. Me pregunto si alguien le hará caso.

Hace más de medio siglo, Ortega exigía la recuperación del valor de la palabra. No lo escucharon. Fue así que la palabra se emancipó de su contenido, para convertirse en una pura efusión de sonidos, algo así como una música; el contenido se despojó del pensamiento; y, al mismo tiempo, de la acción, que adquirió autonomía propia, sin ninguna relación con las ideas.

Dicho de otro modo, se piensa una cosa y se dice otra; se dice una cosa y se hace otra. Gracias a esta distorsión, la prensa ha consagrado para siempre la expresión: *Fulano dijo su verdad*. Si hay quince personas, hay quince verdades. Cada uno tiene la suya. A nadie se le ocurre pensar la grosera obviedad de que, en ese caso, lo que hay una verdad y catorce sandeces.

En el mundo político, y gracias a la intervención de algunos abogados (digo abogados que, como debiéramos saberlo, no es lo mismo que decir juristas), ha adquirido carta de ciudadanía el pavoroso adjetivo *opinable*. Lo enarbola

Los habitantes del Olimpo



En otros tiempos, la actual avenida Juscelino Kubitschek se llamaba Olimpo. Nunca supe por qué. El nombre designa, como se sabe, a la morada de los antiguos dioses griegos. Era una alta montaña, cuya cumbre escondían espesas nubes. En medio de ellas, Zeus, el más poderoso de todos, trataba de imponer un poco de orden en la bulliciosa población que allí vivía.

Recuperar ese nombre tradicional tendría hoy mayor sentido. Sobre la avenida se encuentran la residencia presidencial y la Embajada de los Estados Unidos. Hasta hace poco, a pocos metros se erguía el Palacio de la Victoria, nombre que eligieron los liberales cuando, en un día de implacable viento norte, creyeron que Laíno podía llegar a la Presidencia de la República. Ah, del otro lado de Mariscal López vivía Graciela, junto con el yernísimo Manolo González Llamas, encumbrado gurú de los negocios durante la época del Noble Jefe.

Recordemos, por otra arte, que el Palacio de la Victoria albergaba anteriormente a la Nunciatura Apostólica, despacho del representante del Vicario de Cristo en la Tierra. Por tanto, enteramente consustanciado con el sentido de la palabra Olimpo.

Quizá por tan celestiales antecedentes, quienes allí viven se suponen por encima de las leyes que oprimen a los mortales. Y hacen las suyas propias, de acuerdo con sus necesidades, problemas y circunstancias. Por eso, el Embajador norteamericano ha pedido –y sospecho que obtenido– autorización para ensanchar su vereda unos cuantos metros, por razones de seguridad, según explicó. Esto supondrá disminuir el ancho de la avenida Kubitschek y volver más

delirantes los descomunales embotellamientos que ocurren en Asunción en las horas-pico. Si esto despierta algún malestar en la gente, se ofrece una solución alternativa: suprimir el paseo central, lo que implica derribar ochenta árboles y eliminar el único elemento que todavía logra algo de racionalidad en el tránsito.

No sé si el intendente Burt le sugirió al Embajador algunas otras soluciones, mucho más obvias que las propuestas: mudar la Embajada o ampliar la vereda, pero a costa del predio de la Embajada, que no es lo mismo que hacerlo a costa de la comunidad. El resultado será el mismo: el Señor Embajador podrá dormir tranquilo.

Ah, me hablan de otra solución: un túnel o un viaducto. No. No me pregunte quién los pagará, porque la Municipalidad, gracias, entre otros, a sus brillantes concejales, que llenaron la institución de leales correligionarios, dudo que tenga dinero para pagar algo más que una hilera de ladrillos.

Amigo lector, ya sé lo que me va a decir. Que ni siquiera al general Alfredo Stroessner, el propio Zeus con su rayo destructor, no se le ocurrió semejante cosa. Pese a que este personaje era un obsesivo en materia de seguridad y no había nadie que tuviese el coraje de contradecirlo.

Cálmese. Le explicaré todo. Desde que el mono perdió la cola y se convirtió en el “homo sapiens”, no hubo una única potencia dominante en el planeta, como son hoy los Estados Unidos. Por tanto, su Embajador tiene derecho a achicar avenidas, derribar árboles, desviar cursos de agua, designar nuevas fiestas patronales y cambiar el nombre de los clubes Olimpia y Cerro Porteño por los de Brooklyn o Búfalo Bill.

¿Qué es una avenida más o menos? Por lo menos, no se le ocurrió pedir la sustitución de la espada del Mariscal López por un bate de béisbol. O poner una estatua de Michael Jackson en uno de los nichos de la Catedral. Desengáñese, mi amigo. El hombre ha sido modesto. Si lo hubiese planteado, lo habrían aceptado. Sea usted agradecido: hasta ahora no pidió otra cosa que arruinar uno de los tramos más importantes de una de las principales avenidas de Asunción. *Vyro rei ningo*⁷.

La muerte del chivo



Con 176 kilos de peso, convertido en una mole grotesca que sólo se movía para exhalar jadeos espasmódicos, el martes de madrugada falleció en el sanatorio Adventista el ex jefe de Investigaciones, Pastor Coronel. Un explosivo cóctel de enfermedades le produjo un último y decisivo colapso de todo su sistema cardiovascular. Se marchó sin haber dicho jamás una sola palabra de arrepentimiento, aferrado a un empecinado silencio sobre los hechos que lo tuvieron como protagonista. Con él, se fueron a la tumba sus siniestros secretos.

Ya no era, en ese momento, el temido hombre fuerte del régimen de Stroessner, el hombre que decidía sobre la vida, la integridad física y los bienes de las personas. Más de diez años de reclusión lo habían despojado del aura



letal que lo envolvía y que hacía que su nombre sólo pudiese ser pronunciado con un medroso cuchicheo. Cuando murió, ya era otra cosa: un personaje fellinesco, el modelo nunca utilizado de una escultura de Botero, quizá alguno de los paradigmas sombríos que Dickens prodiga en sus novelas.

Algunos piensan que Pastor Coronel cometió la imprudencia de no acompañar el golpe del 2 de febrero de 1989. Pienso, por el contrario, que quizá comprendió que, aun haciéndolo, no le iba a servir para nada. Que la sociedad paraguaya lo necesitaba, de manera ciega y desesperada, para limpiarse de sus pecados, para olvidar su cobardía, para liberarse de sus miedos. Alguien debía convertirse, inevitablemente, en el chivo del sacrificio, cuya muerte en el altar purifica a todos los demás pecadores.

Pienso que sabía que llevaba puesta, a la manera de los personajes de las tragedias antiguas, la oscura máscara del horror. Y que cargaba sobre sus hombros todo lo que ese papel significaba. Encerrarlo, sepultarlo en una celda, apartarlo para siempre de la sociedad era el modo más cómodo de exorcizar los fantasmas y dejar atrás el pasado, como una pesadilla que todos queremos olvidar.

Gracias a Pastor Coronel otros actores del reparto, que cumplieron numerosos papeles secundarios, pudieron zambullirse en las sombras del anonimato. Hoy, nadie se acuerda de ellos. Ni del intrigante, que enviaba al tormento a sus enemigos personales; ni del extorsionador que usaba el terror para despojar de sus bienes a quienes no podían defenderse; del acreedor que obtenía el pago encerrando a sus deudores en las celdas de la calle Presidente Franco. De los que elogiaban sus sacrificios al servicio de “la paz que vive la república” y se servían del trabajo sucio que aquél hacía para amasar soberbias fortunas.

Con su encierro, Pastor también fue útil para otros colegas, como los que mataron —uno de ellos era hasta hace poco alto funcionario de Aduanas de Ciudad del Este— a los tres hermanos López en el Guairá. Incluso varios de los altos funcionarios del Departamento donde reinó durante años como el ángel de la muerte hoy disfrutan de importantes cargos públicos. El propio ex secretario general, sin ir más lejos.

Su desaparición nos deja sin un importante paradigma. Sospecho que su rol fue, de alguna extraña manera, el de un Cristo al revés, como el negativo de una película. El murió por muchos, que desde ahora dormirán tranquilos: ya no los puede señalar con el dedo. Pícaros de tres al cuarto. Ladrones de guante blanco. Caballeros honorables y perfumados, que se sonríen unos a otros en los clubes más caros.

Definitivamente, Pastor Coronel también murió por ellos. Y también, ¿quién lo duda? por todos nosotros. La muerte del chivo es la garantía de la expiación colectiva.

El Gato Cheshire



Alicia se acercó tímidamente al Gato Cheshire y le preguntó: ¿me podría decir, por favor, cual es el camino para salir de aquí?

-Eso depende mucho del lugar para donde usted quiere ir -replicó el Gato.

-No me importa mucho a dónde.

-En ese caso, no importa por dónde usted va.

-...en tanto que yo llegue a algún lugar -musitó Alicia, como para sí misma.

-Claro que eso acontecerá, desde que usted ande durante algún tiempo.

Este breve diálogo de Alicia con el Gato Cheshire proviene del capítulo sexto de *Alicia en el país de las maravillas*. Pero su autor, Lewis Carroll (1832-1898), nombre literario de Charles Lutwidge Dodgson, sacerdote anglicano y matemático, pudo haberla escrito como un breviario para la clase política paraguaya, esa especie zoológica que cree, como el minino de Alicia, que no hace falta saber hacia dónde va uno, ni cómo lo hace, y que llegará a alguna parte con solo echar a andar.

En el teatro, las entradas y salidas a escena están nítidamente marcadas, y los actores deben cumplirlas con extrema habilidad, so pena de echar a perder todo el trabajo. Es lo que pasó con el ingreso y salida del gobierno de coalición, o como se lo quiera llamar. En este caso, la oposición entró mal y salió peor. Me refiero al PLRA, cuyos dirigentes parecen empeñados en una carrera para volver impresentable a su partido como opción de poder, y que, aun así, esperan que por algún sorprendente pase mágico, el pueblo les dará los votos que ellos tratan de ahuyentar.

Es simpático ver cómo la ausencia de metas, y del camino para alcanzarlas, aparezcan esas fascinantes explicaciones mágicas que nos alejan de la realidad para sumergirnos en el mundo de Alicia. Esto tiene su explicación. El ser humano, y el político, que es una de sus subespecies más sorprendentes (todavía no la he visto en el *Mundo Animal*, programa del cual soy adicto) es el único de la creación que se deja mover por sus fantasías.

Comparemos. La serpiente es orientada por sus sensores térmicos; el murciélago, por las ondas que emite; el águila, por la vista. Pero el político no: le basta ponerse a soñar despierto. Después, bastará la euforia de un grupo de allegados para que los obstáculos se esfumen. Mentalmente, claro. Tengo la sospecha de que, por ahora, nos movemos dentro de ese terreno neblinoso donde todas las cosas son posibles. Espero no pase mucho tiempo para que se abandone esa región, y se llegue a un espacio iluminado claramente por la luz del sol. Ojalá que esto no demore mucho.

Las palabras sagradas



He leído en alguna parte que, a fines del siglo XIX, el diplomático inglés James Bryce concluyó que, para la elite brasileña, las palabras eran más reales que las cosas. Menos mal que el hombre no pasó por el Paraguay donde, sugiendo una larga tradición indígena, las palabras tienen una vida independiente de quien las pronuncia.

Todo es cuestión de dotar a la palabra de la suficiente sonoridad y de un aire de suprema convicción. Claro, también hay que fruncir el ceño, mostrar aire de preocupación y soltar dos o tres voces raras. Y dirigir la mirada al infinito, como quien habla para todo el género humano, *urbi et orbi*, y espera que el relampagueo de su talento ilumine las densas penumbras en que estamos sumidos los demás seres humanos.

En materia de vocabulario, no hay muchos problemas. Para esto último, basta con leer la prensa española que provee, gracias a Internet, un rico repertorio de novedosas expresiones. Ellas le permitirán construir la certeza, más allá de toda duda, de que usted es miembro del exclusivo club de los cerebros de la nación.

Ayuda mucho que la lectura no sea la pasión privada más notoria de los paraguayos. Gracias a ello, usted podrá decir cualquier cosa, y nadie podrá discutirle. Total, la gente no lee a los autores, sino que se imagina que ellos dijeron, o quisieron decir, tales o cuales cosas. De modo que no será difícil atribuirles lo que a usted se le dé la gana. Diga nomás, acariciándose la barbilla, que el Dalai Lama fue el más demoleedor crítico de la matemática cuántica, y nadie se atreverá a contradecirlo.

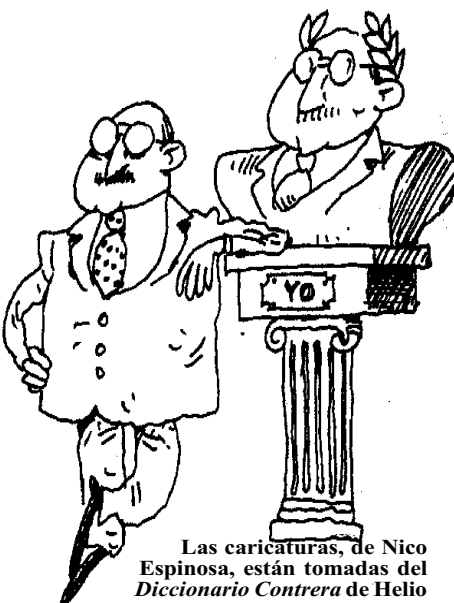
En otras palabras, en lenguaje musical podríamos decir que –salvo excepciones– todos tocamos de oído y que nadie vio una partitura en su vida. Esto, en sí mismo, no es razón para ponernos a llorar. El problema es que cuando el problema es muy profundo, no existen siquiera los elementos mínimos para saber distinguir entre la pavada más terrorífica y la verdad más majestuosa.

Vemos un ejemplo. Lino Oviedo nos probó, una vez más, que sólo es necesario ponerse a hablar. Por tanto, sus adherentes nos cuentan, como si fuese una veredad revelada por Alá al profeta Mahoma, que Linus se encuentra entre los comandantes de la OTAN; que a Argaña no lo mataron a balazos en la calle sino que lo pusieron en el auto cuando ya estaba más muerto que Napoleón; que se encuentra en la clandestinidad, entre sus amados campesinos, listo a encabezar una especie de revolución social.

A esto debemos agregar que, como él mismo lo explicó, no le interesa lo que diga la embajadora norteamericana porque él es amigo de Clinton. Y que tampoco tiene valor lo que dice el nuncio porque él habla con el papa. Además,

se nos asegura que el hombre tiene – que lo repita la prensa argentina no prueba la verdad del hecho sino que la estupidez, por suerte, no es patrimonio exclusivo de la paraguayidad – un 70 por ciento de adhesión popular.

En realidad, lo asombroso no es que se digan todas estas cosas. Lo notable es que hay quienes las crean, como si hubiesen dictadas por el mismísimo Kiritó, en el monte Calvario, un minuto antes de expirar en la cruz. Y que, por una sórdida confabulación argañista, todos estos mensajes divinos fueron excluidos del *Nuevo Testamento*. Pero allí están los gurúes para que ellos prevalezcan sobre las mentiras y devueltos al sitio que merecen.



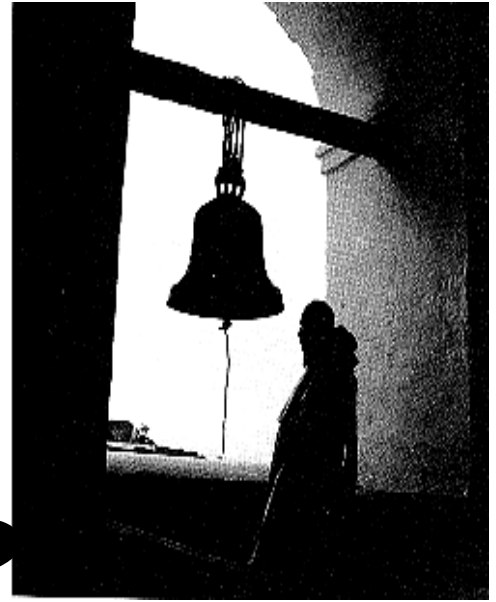
Las caricaturas, de Nico Espinosa, están tomadas del *Diccionario Contrera* de Helio Vera.

Notas

1. *Triangulación* es el truco de importar al Paraguay algún producto europeo o norteamericano para venderlo después de contrabando al Brasil. En general, es toda operación que involucre tres países, y en uno de los tramos hay ilegalidad.
2. *Pavada* es un porteñismo. Vale como tontería, fruslería.
3. Juan Carlos Wasmosy, ex presidente de la República.
4. *Ñandejara* es nuestro Señor. Dios, en guaraní.
5. *Ipukúma* quiere decir *esto es demasiado largo*, en guaraní.
6. *Amóntema* es una interjección en guaraní. Quiere decir algo muy vago, como *se va al diablo*, o algo así.
7. *Vyrorei ningo* quiere decir, en guaraní, *esto es un tontería*.

Hace tiempo recibimos las comunicaciones de Petronio Rafael Cevallos. Algunas nos parecieron de particular interés, sobre todo tras los tumultuosos y terribles acontecimientos políticos de hace poco —sin contar con la intervención de los volcanes.

En esta oportunidad transcribimos tres textos sobre la experiencia ecuatoriana: un canto desesperado de Gabriel Cisneros en una epístola a Cevallos, su respuesta, y un testimonio-reflexión desde el exilio también de Cevallos. Los presentamos al lector como **testimonios** personales y a sabiendas de que representan sólo algunos de los muchos acercamientos posibles a los presentes conflictos del Ecuador. (N. del E.)



ECUADOR

donde todo es posible

El Ecuador es un país cuya magia y contradicciones cotidianas son un mito en el mundo, un mito que rompe con los límites de lo creíble, de lo posible, inclusive de lo aceptable. Los acontecimientos pasados, la fragilidad de los sistemas; el abuso a la resistencia de gente buena, cansada de ver cómo se vende al país. Cómo la corrupción va tomándose instituciones y la conciencia común, cómo puede más la ambición y la falta de ética de la clase política que el hambre de las mujeres que caminan por las calles en busca de reporteros de televisión que masifiquen su drama, con la esperanza de que algún alma buena comparta mendrugos de pan y de ternura con ella y con sus hijos. Y cientos de miles de casos conmovedores, como el ver a jubilados pidiendo limosna o arrimados a los hijos porque los banqueros les robaron --con la plata-- las últimas ganas de vivir.

Y qué hablar de nosotros los que desde ahora somos los pobres del mundo, la antigua clase media, que ha desaparecido en este país. Los que trabajamos en instituciones públicas o privadas y como no tenemos los recursos para adquirir lo básico hemos recurrido al sistema de

Gabriel Cisneros

comisariatos, al crédito que se descuenta en roles de pago. Hemos perdido la ilusión de que llegue el fin de mes para cobrar, ya que en muchas ocasiones en vez de recibir nos toca pagar la diferencia. Una vez dentro de este círculo vicioso parece que nunca

se podrá salir de él. Y cuáles son los bienes y servicios que se adquieren: lo básico, lo elemental para no morir de hambre, de frío, de soledad.

Hemos involucionado a la época de la colonia, cuando los encomenderos en las haciendas tenían sus tiendas y vendían a los indios lo básico a precios exorbitantes, y cómo los indios por su trabajo recibían miserias. Poco a poco, fueron convirtiéndose en esclavos del dueño de la hacienda por la deuda que tenían con él. Ése fue un mecanismo macabro que se mantuvo inclusive en la época de la mayor parte de la vida republicana. Ese mecanismo fue más opresivo que la esclavitud (cuya abolición fue decretada en el gobierno de Urbina), ya que por estar debiendo el indio no podía dejar la hacienda hasta que acabase de pagarle al patrón. Los hijos o nietos de los indios lo único que heredaban eran deudas. A tal punto llegó la infamia, que hace treinta o cuarenta años, todavía salían en los diarios nacionales anuncios de ventas de haciendas “en las laderas del Chimborazo con siete mil indios”. Y yo me pregunto qué pasará después

